

ro punto de vista, y dándole á escoger entre la paz general comprada con la restitución del Hannóver, salva recompensa equivalente, y la continuación de la guerra contra la Inglaterra; pero de una guerra sin tregua y conforme, sin embargo, al grado de energía con que el rey Federico Guillermo se resolviese á concurrir á ella. Afirmó además que en todo caso jamás habría tomado él una resolución sin antes haberse entendido franca y completamente con la Prusia.

Esa explicación tan leal hubiera debido disipar todos los recelos; pero la Prusia quería más, la Prusia pedía un acto de deferencia capaz de dejar bien puesto su orgullo, y acaso se le concediera Napoleón si en aquel momento no le atormentaran tantas desconfianzas, si no creyera tan de lleno en la existencia de una coalición que no existía, pero que en breve se iba á formar. En la irritación que los contratiempos ponen en los ánimos, no siempre queda suficiente luz para poder juzgar acertadamente de lo que el enemigo piensa. Así Napoleón escribió á Mr. de Laforest ordenándole una reserva completa desde que hubiese dicho á Mr. de Haugwitz que no se le darían á la Prusia otras satisfacciones de las anunciadas á Mr. de Knobelsdorf y á Mr. de Luchesini, y que por lo tocante á la demanda relativa á las tropas francesas, igual la ponía él para el gabinete de Berlín exigiendo la contraorden de los armamentos, tras lo cual se retiraría al Rhin el ejército francés. «En la actual situación, añadía el emperador, no hay que creer en protestas por muy sinceras que parezcan. Son ya muchas las veces que se nos ha engañado, y yo no quiero atenerme sino á hechos; que la Prusia desarme, y después los franceses vendrán de parte acá del Rhin, pero no antes.»

Mr. de Laforest ejecutó fielmente las órdenes de su soberano; ningún esfuerzo tuvo que hacer para convencer á Mr. de Haugwitz de cosas que de antemano tenía ya por concedidas; pero era esclavo de los acontecimientos ese ministro, y el plenipotenciario francés se conde-

nó desde entonces á un completo silencio. El gabinete prusiano no tenía bastante con conocer á fondo y en toda su verdad las intenciones de Napoleón; necesitaba una explicación terminante para acallar la opinión pública, y había menester de hechos también por su parte, pero de hechos claros, evidentes, es decir, la retirada de los franceses al Rhin. Y gracias como por satisfecha se diera la irritación pública á vista de un acto de tanta seguridad. Quería una satisfacción el orgullo prusiano, porque tanta y mayor necesidad siente de una satisfacción el ofensor como el ofendido.

El rey y Mr. de Haugwitz esperaron algunos días á ver si Napoleón haría alguna declaración más explícita y más satisfactoria. «Semejante silencio todo lo compromete,» decía á cada instante Mr. de Haugwitz á Mr. de Laforest. Pero el mal era ya inevitable. La Prusia había perdido la confianza de Napoleón por una conducta equívoca: la Francia la trataba sin ningún miramiento, y el hado tenía dispuesto que esas dos potencias se empeñaran en una guerra desastrosa, y tanto más sensible cuanto que en el estado de la Europa esos eran los dos únicos pueblos cuyos intereses podían conciliarse. Monsieur de Laforest guardó religiosamente la reserva que se le tenía impuesta; pero llevando en su semblante la muestra del más profundo dolor, un dolor harto significativo si la corte de Prusia hubiese querido comprenderle y conducirse en consecuencia. Cada día pasaban nuevos regimientos por las calles de Berlín cantando himnos patrióticos, que el pueblo repetía con entusiasmo. A voz en grito se preguntaba por todas partes cuándo partiría el rey para el ejército, y si era verdad que pensaba detenerse en Potsdam con el intento de desistir de su primer empeño. Ese grito fué tan general y terrible que forzoso fué ceder á la opinión, y el desventurado Federico Guillermo partió para Magdeburgo el 21 de septiembre. Esa fué la señal de la guerra que se esperaba en Alemania, como se esperaba en París, y desde este día ya se hizo inevitable.

LIBRO VIGÉSIMO QUINTO

JENA

Situación del imperio francés al comenzar la guerra de Prusia. — Negocios de Nápoles, Dalmacia y Holanda. — Medios de defensa preparados por Napoleón para el caso de una coalición general. — Plan de campaña. — Napoleón deja á París y se traslada á Wurtzburgo. — La corte de Prusia se traslada igualmente al ejército. — El rey, la reina, el príncipe Luis, el duque de Brunswick y el príncipe de Hohenlohe. — Primeras operaciones militares. — Batallas de Schleitz y de Saalfeld. — Muerte del príncipe Luis. — Aturdimiento en el estado mayor prusiano. — El duque de Brunswick toma el partido de replegarse hacia el Elba protegiéndose con el Saale. — Prontitud de Napoleón en ocupar los desfiladeros del Saale. — Memorables batallas de Jena y de Auerstaedt. — Derrota y desorganización del ejército prusiano. — Capitulación de Erfurt. — El cuerpo de reserva del príncipe de Wurtemberg es sorprendido y batido en Halle. — Retirada divergente y precipitada del duque de Weimar, del general Blücher, del príncipe de Hohenlohe y del mariscal Kalkreuth. — Marcha ofensiva de Napoleón. — Ocupación de Lipsia, Wittemberg y Dessau. — Paso del Elba. — Cerco de Magdeburgo. — Entrada triunfal de Napoleón en Berlín. — Sus disposiciones relativamente á los prusianos. — Gracia concedida al príncipe de Hatzfeld. — Ocupación de la línea del Óder. — Perseguimiento de los restos del ejército prusiano por la caballería de Murat y por la infantería de los mariscales Lannes, Soult y Bernadotte. — Capitulación de Prenzlau y de Lubeck. — Rendición de las plazas de Magdeburgo, Stettin y Custrin. — Apodérase Napoleón en un mes de toda la monarquía prusiana.

Grande imprudencia cometía la Prusia poniéndose á luchar con Napoleón en el momento en que, volviendo el ejército francés de Austerlitz, se hallaba aún en el centro de la Alemania con más aptitud para obrar que pudo jamás tener ejército alguno. Pero mayor era todavía su ligereza al precipitarse sola en una guerra, después de haberla esquivado el año precedente, cuando hubiera podido empeñarse en ella teniendo por aliados al Austria, á la Rusia, á la Inglaterra, á Nápoles y á la Suecia. Ahora, por el contrario, el Austria agotada con sus últimos esfuerzos, exasperada por la indiferencia que se le había mostrado, estaba resuelta á permanecer á su vez pasiva espectadora de los infortunios de los demás. La Rusia se hallaba otra vez desviada á su natural asiento por la retirada de sus tropas hacia el Vístula. La Inglaterra, irritada por la ocupación del Hannóver, había declarado también la guerra á la Prusia; la Suecia había seguido su ejemplo; Nápoles no titubeaba ya. Verdad es que todos los amigos de la Francia, enemigos suyos ahora, podían con seguridad descansar en un cambio próximo de Inglaterra y de los auxiliares que ésta mantenía; pero era menester entrar en explicaciones con el gabinete británico, y empezar desde luego restituyendo el Hannóver, á lo cual nunca habría que llegar, sin compensación al menos, por tibias que fuesen las relaciones con la Francia. La Rusia, aunque desengañada de sus primeros ensueños de gloria, estaba sin embargo dispuesta á entregarse de nuevo á la ventura de las armas con las tropas prusianas, que eran las únicas que le inspiraban confianza en Europa; pero no tenían que pasar muchos meses antes que sus ejércitos pudiesen entrar en línea, y por otra parte estaba muy lejos de quererlos empeñar tanto como en 1805. Por lo tanto la Prusia estaba expuesta por algún tiempo á habérselas sola con Napoleón: con él iba á encon-

trarse frente á frente en octubre de 1806 en medio de la Sajonia, así como el Austria le había encontrado un año antes en medio de la Baviera, con la sola diferencia, muy desventajosa para ella, de que esta vez ya no tenía Napoleón que vencer el obstáculo de las distancias, puesto que en vez de hallarse acampado en las riberas del Océano, ocupaba el centro mismo de la Alemania, pudiendo en dos ó tres marchas llegar á la frontera prusiana.

Sólo un extravío fatal de ideas podía explicar la conducta de la Prusia; pero es tal el espíritu de partido, son tales sus incurables ilusiones, que todos consideraban aquella guerra como capaz de producir algún acontecimiento imprevisto y de abrir un nuevo porvenir á la Europa vencida. Napoleón, se decía, ha triunfado de la debilidad de los austriacos y de la ignorancia de los rusos; pero ahora va á habérselas con los discípulos de Federico el Grande, únicos herederos de las verdaderas tradiciones militares; y ¡quién sabe si en vez de otro Austerlitz encontrará otro Rosbach! A fuerza de repetir este dicho, casi todos llegaron á prestarle fe, y los prusianos, en vez de temblar al pensar que iban á entrar en campaña con los franceses, habían llegado á adquirir la más singular confianza en sí mismos. Los hombres juiciosos, no obstante, sabían en qué pararían sus locas esperanzas, y en la corte de Viena se experimentaba cierta satisfacción mezclada de sorpresa al ver á los prusianos tan celebrados entrar á su vez á la prueba y contrarios á aquel capitán que según decían sólo debía su gloria á la degeneración del ejército austriaco. Experimentaron, pues, cierto júbilo momentáneo los enemigos de la Francia creyendo llegado el término á su grandeza. Por desgracia tenía que llegar su término, pero no tan pronto, y sólo después de muchos yerros, que hasta entonces no había cometido.